

Apuntes relevantes del libro:

**“La Virgen de la Altagracia un regalo de Dios al pueblo dominicano”
para tomar en cuenta en la creación del himno.**

Contemplemos y descubramos el rico mensaje teológico y espiritual que encierra la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia:

1.- Luz y sombra: El cuadro tiene dos lecturas: o bien de detrás hacia adelante (de la sombra a la Luz, que es Cristo), o bien de delante hacia atrás (de la Luz a la sombra, cuando se ha perdido a Jesucristo). Esta es la principal y más importante enseñanza de la imagen: llevarnos a Jesucristo, que es la Luz; cuando nos separamos de Él, perdemos el arte de vivir con autenticidad y nos sumergimos en todas las sombras.

Madre Nuestra: permitiste que la Luz te habitara y te llenara de gracia, condúcenos por caminos claros, enséñanos a sentir paz en transparencia, a ser feliz viviendo en la autenticidad; líbranos de ser indiferentes a las cosas de tu Hijo Jesús.

2.- Vida y muerte: El cuadro nos habla de Vida. Jesucristo es la Vida. La Virgen nos ha traído la Vida. San José custodia la Vida. Pero, también, la imagen del Niño, que es el Hijo de Dios que nos ha traído nueva y eterna Vida, representa al mismo tiempo, al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y que tiene que redimirnos con su sangre y con su muerte. Por eso, en el cuadro, sus ojos cerrados nos hablan de un sueño plácido de Niño, confiado y abandonado en su Madre y, a la vez, de un muerto con los ojos cerrados envuelto no en pañales sino en la sábana mortuoria. Un Cordero que va a vencer hasta la misma muerte.

Virgen de la Altagracia: Ayúdanos a recuperar la ternura, la inocencia, la humildad. Quitá de nosotros, tu pueblo, los rasgos de violencia y agresividad que han podido filtrarse.

Danos tu paz, y enséñanos a gastarnos, haciendo el bien sin economizar la vida.

3.- *Silencio y escucha; oración y palabra:* Todos los actores del cuadro están en actitud silenciosa de escucha y de acogida orante para, a su vez, transmitir esa misma Palabra con su vida. El Niño es la Palabra. La Virgen, con sus manos orantes, intercede y siempre está escuchando la Palabra; y, con su oreja destapada, escucha a los que imploran a su Hijo, y le lleva nuestras oraciones, por lo que se convierte en mediadora. La Virgen y San José predicán con su vida. Esta es la verdadera y fecunda actitud ante la Palabra: primero escuchar para, luego, poder y saber predicar con la vida y, si hace falta, con nuestras palabras. Hay que comunicar con la vida y con la palabra lo que antes se ha contemplado y experimentado en clima verdaderamente orante.

Madre Nuestra: en medio de tanto ruido necesitamos hacer silencio fecundo. No existe santidad sin silencio. Porque en el silencio escuchamos la voz de tu Hijo. Gracias, Señora, por ese sabio consejo: "Hagan siempre lo que Él les diga".

4.- *Divino y humano; grande y pequeño:* En la imagen se encuentran el Misterio divino más profundo y, a la vez, lo más profundo del misterio humano: *"Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera Dios... La gloria de Dios es que el hombre viva (San Ireneo).* En la pequeñez de lo humano brilla la Gloria de Dios, lo más grande y sublime. De ahí que nada hay pequeño que no tenga gran valor y, a la vez, todo lo que experimentemos como grande nos habla de que Dios es *"siempre mayor".*

Virgen de la Altagracia: nosotros somos templos del Espíritu Santo. No queremos vivir como si Dios no existiera. Danos ese fino sentido de trascendencia, ese gusto por las cosas

del cielo, que nos permita estar en la tierra, pero sin superficialidades, con el corazón anclado en tu Reino.

5.- *Riqueza y pobreza:* La imagen, en su conjunto y en cada uno de sus actores, nos habla de sencillez y pobreza y, a la vez, de la máxima riqueza y Altagracia. El Niño, es pequeño y el más Grande. La Virgen, es humilde y la más exaltada, como recitamos en el canto del *Magnificat*. Es la más sencilla y, a la vez, la Reina coronada en tierra y cielos, porque su Hijo es el Rey. San José, prudente y silencioso y, a la vez, custodio del Misterio más grande: su Esposa y su Hijo. Ningún varón tuvo nunca tal privilegio.

Madre querida: ayúdanos a ser humildes, a ser gente sencilla, de esas que no se elevan a sí mismas, sino que saben mantener su lugar como seres humanos, hijos e hijas de un Padre común. No queremos deleitarnos en el propio vuelo. Danos tus dones, enséñanos a servir gratuitamente, sin calcular, sin regatear.

6.- *Soledad y compañía:* En la noche, en un pesebre, sin más compañía que la de la sola familia y unos animales, tiene lugar el mayor Misterio y regalo de Dios Trinidad a la humanidad: el Hijo se hace Hombre, la Palabra se hace Carne de nuestra carne, tierra de nuestra tierra, tiempo de nuestro tiempo. Dicha soledad de las tres personas era necesaria para que nada ni nadie estorbara a la Mayor Compañía: la de toda la Trinidad y la de los Ángeles, testigos de lo acaecido en aquella Noche única y divina, donde el Sol Invicto, el Señor de la Humanidad hecho Niño, venía a este mundo a quedarse para siempre.

Virgen de la Altagracia: Deseamos encontrar al Señor en el silencio de la noche; que este encuentro cambie nuestras vidas. Ayúdanos, Madre, pues supiste transformar una cueva de animales en una casa acogedora para Jesús. Dios Padre te dio

una casa sin puertas para que todos puedan acercarse a ti y a tu hijo sin restricciones. Aquí están nuestros corazones: que el Sol de los soles entre en ellos, y nos evidencie la santidad que nos visita.

7.- *Antigua y Nueva Alianza:* En la imagen de la Altagracia se unen todas las profecías del Antiguo Testamento y comienzan a cumplirse las de la Nueva Alianza. El antiguo templo queda en la parte más oscura del cuadro porque el nuevo Templo, el nuevo Altar, la nueva Víctima y el nuevo sacerdote, serán nuestro Señor Jesucristo, presente en primer lugar en el cuadro. Jesucristo primero, y en Él cada uno de nosotros, somos templos de la divinidad que nos inhabita. En la Virgen y en san José de manera más perfecta. La verdadera adoración a Dios no sólo será “exterior” sino sobre todo “interior”, pues le ofrecemos el precioso don de nuestra propia vida.

Madre querida: que cuando la gente nos vea encuentre en nosotros la vivencia de los mandamientos dados a Moisés y el amor misericordioso de Jesús, que habita en nosotros. Sentimos la necesidad de nacer otra vez. No queremos desaprovechar el tiempo para, como tu Hijo, ir creciendo en gracia y en sabiduría. Acelera la hora, Virgen María, porque Dios nos quiere santos.

8.- *Estrellas y santos:* En el cuadro, hay estrellas: tanto alrededor de la Virgen, como en su manto. Las estrellas, como los ángeles, son mensajeros y amigos del Dios Vivo y Viviente. Y, a su vez, los santos son como las estrellas que nos indican con certeza y luminosidad dónde están los misterios de Dios. La estrella grande Belén, ilumina la cara sonriente de la Virgen y todo el cuerpo del Niño. Fue una estrella única para guiar a los Magos hasta Jesús. Las doce estrellas alrededor de María simbolizan las doce tribus de Israel y los doce apóstoles. Las 16 estrellas en el manto de María (ocho en cada parte) nos hablan de vivir en este mundo ya en el “octavo día”, en el día de la resurrección del Señor, donde el tiempo y la historia son

del Espíritu Santo, que nos está conduciendo hacia la nueva y definitiva Jerusalén.

Virgen de la Altagracia: queremos caminar iluminando, no brillando. No queremos deslumbrar, sino esclarecer el sendero para evitar tropiezos que impidan llegar hasta el Señor. Danos tu gracia Madre, contigo seremos felices recogiendo los hijos y las hijas de Dios, dispersos en las oscuras trampas de la vida.

9.- *Santidad de Dios y santidad humana:* En la imagen, hay dos “trinidades santas”: La Trinidad Santísima de Dios, Padre-Hijo-Espíritu Santo, plasmada de forma singular en el triángulo blanco de la Virgen que cubre sus pechos y desciende hasta su vientre, y la trinidad santa de la familia de Nazaret, donde el Hijo es Santo en sí mismo, y la Virgen y San José, inmaculados, por gracia del mismo Hijo.

Madre Santísima: gracias porque no te conformas con estar, tú sola, custodiada por el escudo trinitario, sino que extiendes tal protección hasta nosotros para librarnos de males y peligros. Que estemos siempre donde nos tienes: en tu regazo materno, como hijos, cada cual único y amado.

10.- *Contemplación y acción; comunión y misión:* En la composición del cuadro todo nos habla de estos rasgos. Los tres actores (Jesús, María y José), nos invitan a contemplar como ellos, en actitud silenciosa. Pero a la vez, nos invitan a la acción: así, Jesús, en continua presencia del Padre Dios, será poderoso en obras y palabras; la Virgen reúne la más alta contemplación y, a la vez, la más eficaz acción de Dios en la historia del Pueblo de Israel; san José, manifestada en la vela que sujeta en sus manos, cuida, protege y guía a su familia de Nazaret y nos invita a que nos acerquemos a ellos. Él custodiará que la vela de nuestra fe nunca se apague.

¡Oh buen y justo san José!: hombre de silencio y de prudencia. Intercede por todos los hombres dominicanos, para

que amen y respeten a sus esposas como tú amaste y respetaste a María. Y tú, divina Señora, acógenos en la escuela de tu dulzura paciente para reconstruir los hogares rotos por el pecado.

11.- Espíritu Santo e Iglesia: Todo el Misterio divino que encierra la imagen de la Altagracia tiene otro protagonista: el Espíritu Santo. Gracias a Él, se encarnó el Hijo de Dios en María; Él llenó a la Virgen y a san José de todas sus gracias; Él hizo que la carne de Jesucristo, y en Él la nuestra, fueran unidas; Él, en forma de lenguas de fuego, hace que la Iglesia sea un permanente Pentecostés. Los rayos de fuego que rodean la cabeza de Nuestra Señora representan a la llena de gracia, que evangeliza con la fuerza del Espíritu, a la Iglesia Madre y Misionera. Nos habla de una Iglesia Trinitaria donde el Espíritu se hace presente en la Palabra y en los sacramentos, y en los bautizados con diversidad de vocaciones, carismas, ministerios y funciones, formando un solo y único Cuerpo de Cristo.

Madre querida: Líbranos de que se nos apague el Espíritu y de negociar con los dones y los carismas que el Espíritu nos ha regalado para darlos gratuitamente. Intercede para que el fuego divino purifique nuestra lengua, nuestras palabras y así nunca haya lugar para la mentira. Que ese Espíritu nos llene de ardor y celo apostólico para anunciar el Nombre y la obra de Cristo Jesús.

12.- Nativa y universal: Aun siendo una imagen única, inspiración divina para estas tierras dominicanas, es, al mismo tiempo, patrimonio universal y católico. Apareció, como regalo de la Providencia, en un momento histórico donde se estaban consolidando, y se iban a unir para siempre, dos mundos (antiguo y nuevo), dos culturas (autóctona y europea), y dos formas de contemplar y experimentar la vida (secular y cristiana). Es la Virgen de todos: del pueblo dominicano y de

los demás pueblos; de creyentes y de quienes buscan la verdad, y de quienes la ignoran y la niegan. Es única Madre Universal del único Redentor de todos los tiempos: Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre.

Virgen de la Altagracia: somos de una isla, y cultivamos un corazón universal. Que nuestra casa, Madre querida, algún día, sea como la tuya: sin puertas, sin verjas, sin alarmas, sin cámaras, sin guardianes, sin sospechas, sin temores, sin trampas. Donde, sencillamente, los demás lleguen y puedan, como los magos, adorar al Señor y servir a los hermanos.

13.- *Teología y espiritualidad:* En la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia se unen la teología más profunda y elevada con la espiritualidad popular más sencilla y encarnada. Ella llena cabezas y corazones. Es belleza que entra por los ojos, alimenta el corazón, y nos mueve a vivir en la Verdad y en las Buenas obras. Ella ha protegido y alimentado la verdadera fe del pueblo santo y fiel, de los más sencillos y pobres, así como la fe de los teólogos y pastores más inspirados; todos se acercan como hijos que buscan encontrarse con su Hijo, nacido de sus purísimas entrañas.

Madre Santísima: eres sabiduría femenina de Dios. Mujer de aguas profundas, donde la hondura y la sencillez se unifican, para que vivamos sin diferencias divisorias, sin distinciones por categoría. Ayúdanos a fomentar la comunión de igualdad y dignidad. Que aprendamos de tu corazón, porque para una Madre sólo hay hijos e hijas, y nada más.

14.- *Tradición y actualidad:* La imagen de la Altagracia es como un puente espiritual y religioso entre las generaciones dominicanas. En ella, este pueblo, ha encontrado su identidad. Hasta los colores de la ropa de la Virgen han inspirado los de su bandera. En algunos de los momentos más dramáticos y de riesgo de división y enfrentamiento, la pluralidad de colores

ideológicos o políticos ha encontrado siempre en la Madre un punto de referencia seguro y de unidad nacional, como su Protectora.

Virgen Santa: desde niños empezamos a amarte. Hasta recordamos nuestras primeras avemarías; las que han sido música de fondo para contemplar el misterio de tu Hijo. En esa dulce melodía nos encontramos todos; eres vientre donde nos diseña un sólo pincel, el de tu gracia. Ayúdanos a acoger las diferencias que nos distinguen como necesidad de expresión de un solo Señor: donde estamos, nos movemos y existimos.

15.- *Mediación e intercesión:* La Virgen de la Altagracia es nuestra Protectora. Y lo hace con las dos actitudes que, de forma complementaria, reflejan los dos cuadros que se veneran: el de Higüey, más antiguo: La protectora es Mediadora: el Niño tiene los ojos cerrados y la Madre bien abiertos, mirando a su Hijo y a cada fiel cristiano que la implora. El Hijo ha confiado a la Madre el atender a sus devotos. Se fía de ella y la otorga poder de medicación. En el de Santo Domingo, la Madre angustiada casi cierra los ojos mientras el Hijo los tiene abiertos. Ella, sintiendo su impotencia y reconociendo que sólo su Hijo es el todo Poderoso, intercede por su Pueblo en sus grandes problemas: enfermedades y pandemias, fenómenos naturales, guerras y violencias... Y siempre el pueblo fue atendido.

Virgen de la Altagracia: los testimonios de tu protección no han quedado sólo en la historia. Todas las generaciones te hemos sentido interviniendo, respaldando al pueblo que confía en ti. Gracias porque desde el cielo nos eres muy valiosa. Nos previenes, nos alerta, nos ayudas a crecer en fe. Estamos muy orgullosos de tenerte como Madre buena, Guía espiritual, Señora y Reina nuestra.

16.- *Plegarias y rosario:* En el cuadro, la Virgen y San José, con su actitud orante, nos enseñan cómo rezar: con sencillez, desde la vida, y muy cerca de Jesús. San José, con su vela, nos recuerda que la oración debe ser iluminada por la fe verdadera. La Virgen, como se refleja en su manto, nos dona un instrumento de oración precioso y fecunda: las perlas del rosario. La corona resume, de forma completa, todos los misterios de la vida de Jesús; y los rezan por igual varones y mujeres, ricos y los pobres.

Dios te salve María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

17.- *Dos tradiciones de los Evangelios:* En el cuadro se resumen dos tradiciones sobre la Infancia de Jesús: la de san Lucas y la de san Mateo. El evangelista Lucas, para escribir, se apoyó en las fuentes de la misma Virgen o de su familia más directa. En san Mateo, san José cobra más protagonismo porque el evangelista estuvo más en contacto con la familia de José. Ambos se complementan y todo puede contemplarse en la imagen Altagraciona. Añadiendo además lo que se expresa en el evangelio de san Juan: la Virgen, como en la Bodas de Caná, nos está invitando: “*hagan lo que Él les diga*”, y, en esa figura del Niño como Cordero inmolado, está acompañando a su Hijo, como lo estará hasta el final en la pasión misma.

Esposos de la santidad: casta María y casto José, rocíen pureza del cielo sobre nuestras mentes y nuestros cuerpos, no pocas veces víctimas de bombardeos sociales que distorsionan el sentido genuino de la vida. Enséñennos, a ser buenos padres, a mirar como Jesús, porque los limpios de corazón verán a Dios en todas las cosas.

18.- *Mujer de ayer-mujer de hoy*: La imagen de la Altagracia resalta y enaltece la figura de la mujer madre. En esta tierra, donde la fecundidad de la naturaleza es signo de identidad, la mujer madre es lo más valorado; y, su tesoro, sus hijos. La Virgen Madre nos sigue invitando a defender siempre la dignidad sagrada de cada mujer, y de la vida misma, desde su inicio hasta el final; desde su concepción en el seno materno hasta su muerte natural, tal y como ha venido custodiando este pueblo dominicano en sus leyes.

Virgen de la Altagracia: tú nos hablas de la dignidad más alta de la mujer: ser templo de la Trinidad y custodia de la vida. Nos invitas a descubrir nuestra vocación más profunda: “mujeres llamadas a ser otras marías en la tierra”, “cada cual desde su propio ADN”, “única”, “original”, “complementaria”; siendo, las unas para las otras “escaleras para el cielo”; como lo fuiste tú con santa Isabel: mujeres que parieron los sueños de Dios.

19.- *Virgen y Madre; Inmaculada y Asunta*: La imagen de la Altagracia nos ayuda a profundizar en los cuatro dogmas marianos: **Virginidad y Maternidad**, fueron necesarios para descubrir la completa identidad de Jesucristo. **Inmaculada y Asunción**, para defender a la persona humana, atacada por teologías que la “rebajaban hasta contemplarla únicamente como pecadora” (protestantismo), o la ensalzaban hasta endiosarla (ilustración). La Virgen Inmaculada nos habla de la grandeza de la naturaleza humana, que es capaz de ser inhabitada por la Santísima Trinidad. La Virgen Asunta nos recuerda que somos peregrinos a la Nueva Jerusalén. En el cuadro se contempla la Virgen Inmaculada, protegida por el Triángulo blanco trinitario; como Madre, a los pies de su Hijo; y como Asunta, marcada por las ocho estrellas que luce en cada lado de su manto.

Madre: que quien te contemple a ti descubra verdaderamente cómo es Dios, en su Hijo, y cómo somos los hijos de Dios. Tú eres la llave espiritual para abrir el gran secreto del Misterio de Dios, y del misterio que somos cada uno de nosotros.

20.- *Manto divino-humano:* Los colores que lucen la Virgen y San José no son algo estético. El blanco de la Virgen simboliza la pureza e inhabitación en ella del Dios Trinidad, que la hace “*presencia continua e incesante de Dios*”; el color rojo, de la sangre, desvela su humanidad siempre traspasada por la gracia divina; y el color azul de su manto, es símbolo de “*llena de gracia y del Espíritu Santo*”. El manto es también de protección e intercesión. Bajo su amparo nos acogemos con la seguridad de ser siempre atendidos. San José se envuelve en una capa roja; su protagonismo es más humano hacia el misterio que custodia. Él es sólo padre adoptivo. Aunque su interior, con la ropa azul que lo tapa, habla de Dios y de su gracia. Es nuestro padre, y guía seguro para conducirnos al Hijo de Dios y a María. Nos enseña cómo amarlos, y a vivir en santidad, siendo prudentes y contemplativos, misericordiosos y coherentes.

San José, ayúdanos, como tú, a estar siempre cerca de Jesús y de María. Virgen Santísima de la Altagracia, ampara y defiende al católico pueblo dominicano, que te corona y proclama como su Reina y Soberana. Amen.